

defensa de la palabra: a propósito de «el diálogo infinito»



Varias razones me impulsan a escribir estas líneas. La primera es la corrección de un par de erratas contenidas en mi reciente libro-entrevista «El diálogo infinito», publicado por la Universidad Ibero-Americana de Ciudad de México, en colaboración con Artes de México. La larga conversación —que debo al talento y la entrañable amistad de Martha L. Canfield— sobre temas tan variados y, a veces, tan arriesgados, no acepta imprecisiones, sino aquellas de las que yo mismo me considero responsable. He aquí dichas erratas: en la página 60, en donde dice «...heredada *por* Bohr...» debe leerse «...heredada *de* Bohr...»; en la página 67, en donde dice «...la *explotación* de una ciudad...», debe leerse «...la *exploración* de una ciudad...». Otros pequeños errores aquí y allá no alteran el sentido del texto y no me parece indispensable señalarlos. Hay sin embargo un pasaje que, más que una errata, es una omisión (cometida sin duda en alguna de las diferentes fases de transcripción mecanográfica, al computer y a la imprenta). Se trata de una entera frase situada en la página 70, inmediatamente después de «Las explicaciones, justificaciones, análisis críticos llegan después» y dice así: «Naturalmente el concepto de práctica o experiencia cambia radicalmente cuando se aplica a la mecánica cuántica». En efecto, a ese nivel la frontera que separa la teoría de la experiencia se adelgaza hasta convertirse en una sola realidad que involucra ambos aspectos. Esto ha sido oficialmente admitido en la histórica «interpretación de Copenhague» que pone en discusión la objetividad del pensamiento racional, que sería ejercitado por el lado izquierdo del cerebro, según lo demuestra el llamado *split brain*. La nueva interpretación cuántica del universo incorpora y acepta por primera vez en el pensamiento científico la función del lado derecho del cerebro, o sea la intuición, la imaginación, la captación de enteros sistemas no-lineales, la fantasía en suma, en una síntesis bastante parecida a la creación artística. En este sentido, y solo en este contexto, la parte final de mi respuesta adquiere su significado correcto, cuando dice: «Esto confirma que ciertas verdades, incluso las más altas, no se manifiestan en ninguna teoría, sino siempre en la práctica». Es decir, en el ejercicio, o práctica, suprema por excelencia: la de la creación. Artística o científica que sea.

electrónicos y computarizados. Pero, al mismo tiempo, el nuestro es un mundo en transición, en el que, por primera vez en la historia, la utopía planetaria podría ser realizable, bajo la forma de un acercamiento mayor entre los pueblos y un diálogo constructivo entre los mismos. (El reciente acuerdo de paz entre Israel y Palestina es un ejemplo estimulante.) Claro, existe también la alternativa de una barbarie tecnológica sin precedentes, de un dantesco medioevo material —contrapuesto al viejo medioevo religioso— definitivamente huérfano de valores humanos. Justamente por esto, para que la palabra escrita siga siendo un instrumento privilegiado de la comunicación interior, vehículo sin par del pensamiento y del sentir humanos, es necesario que abandone el *ghetto* literario, que se abra a una nueva forma de comunicación, asumiendo un rol en sintonía con los paradigmas ya operantes en campo filosófico, científico, artístico, religioso y hasta político y económico. De otra manera, la literatura habrá perdido su razón de ser, su capacidad de síntesis de las demás artes y disciplinas, su vocación crítica y testimonial, reduciéndose a un mero instrumento de poder en manos de políticos y mercaderes. Me doy perfectamente cuenta de la dificultad y del riesgo de este nuevo desafío para el arte de escribir, siempre orgullosamente encerrado en su secular tradición; siempre dispuesto a regodearse de su capacidad de entretenimiento y de su eficacia afectiva. Una eficacia que puede convertirse en manipulación, como es el caso de cierta literatura de consumo que solo obedece a la llamada «lógica del mercado». Los bestsellers de la industria editorial norteamericana que explotan la violencia, el horror y la sexualidad patológica son un ejemplo extremo de esta funesta tendencia. Que encuentre, además, buenos aliados en el cine y la televisión, con graves daños psíquicos para el espectador medio y, sobre todo, para la juventud. Esto por un lado. En el extremo opuesto encontramos la figura solitaria del escritor de laboratorio, o así denominado «experimental» que reivindica una forma de heroísmo —el término vanguardista es de origen militar— que ya ni los mismos soldados aceptan. ¿Cuál sería entonces la tercera vía? Repito: la apertura del *ghetto* literario, que coloque la palabra en una nueva perspectiva (¿podemos llamarla ahora «tercera dimensión»? en estrecho diálogo con las demás disciplinas, todas las cuales,

El otro motivo de estas líneas es el que se refiere a la (por mí) denominada «literatura tridimensional». Un concepto algo abstracto quizás, pero bastante sencillo también, a condición de plantear bien los términos del asunto. Cosa que en mi respuesta —como sucede a menudo en las entrevistas, por razones de orden coloquial— podría prestarse a equívocos. Por ejemplo, es posible objetar que una de las características de la literatura es precisamente su dimensión temporal, la cual puede ser considerada como una cuarta dimensión. ¿De qué manera, entonces, se puede proponer una «literatura tridimensional»? Si bien el tema aparece bastante arduo, trataré de ser claro y conciso. Ante todo, la llamada «cuarta dimensión» no es necesariamente la temporal, ya que, desde el siglo pasado se continúa a divagar (aunque en ciertos casos se trata de proposiciones científicas serias e inquietantes) sobre un tema tan apasionante e intrincado. De hecho, también es posible considerar la cuarta dimensión como una manifestación del hiper-espacio (que estaría habitado por los llamados «espíritus» o fantasmas de nuestro cotidiano mundo tridimensional); como una salida de los «agujeros negros»; como una cualidad de la antimateria; o como una de las tantas dimensiones existentes en un infinito número de universos paralelos. Como se ve, adjudicar a la literatura una supuesta «cuarta dimensión» resulta mucho más arriesgado que mi prudente proposición. Por otra parte no es mi deseo proponer —¡Dios me guarde!— ninguna nueva tendencia ni entrar en el terreno de una teoría literaria que no me compete. La mía es solo una somera observación que hago a una literatura —sobre todo narrativa— que a menudo olvida las magistrales conquistas de los grandes padres de la primera mitad del siglo. Me refiero a Proust, Joyce, Melville, Roussell, Faulkner, Kafka, hasta los más recientes Genet, Borges, Burroughs, Beckett, sin olvidar otras importantes experiencias. Me limito, pues, a definirla «tridimensional» por analogía con la geometría no-euclidiana. La tercera dimensión sería, en este caso, su natural proyección en nuestro actual universo post-newtoniano, tan diferente al de la vieja narrativa decimonónica. El de nuestros días es un escenario casi apocalíptico, sobre todo en los países así dichos desarrollados, en los que la palabra creativa tiende a desaparecer, sustituida por las imágenes y por los *media*

para bien o para mal, están cambiando nuestra existencia. Solo así podrá defenderse de la violencia del mercado, por una parte, y de una penosa marginalidad por la otra. Solo así evitará ser inexorablemente sustituida por la galopante cultura digital, llámese Internet, Realidad Virtual, Microsoft, o cualquier otra cosa. Porque ¿qué sentido puede tener una literatura que no tome en cuenta las grandes transformaciones y las grandes tragedias planetarias que estamos viviendo día tras día? ¿Nuestra época pasará a la historia como una «catástrofe sin espectador», como la define Thomas Kuhn, o hay todavía un espacio posible para el ojo agudo de un verdadero escritor, para un arte de narrar que no sea el mismo de hace un siglo, traicionando así las expectativas de los ya citados padres? Yo creo que sí lo hay. A condición de saltar en el tren de la historia, que pasa ante nuestros ojos a velocidad exponencial (y no retrocede, ni se para en ninguna estación —como pretende el pensamiento post-moderno—, sino describe un inmenso ciclo histórico, y no sabemos cuándo volverá a pasar). Pero dicho salto no podrá realizarse sin el estrecho abrazo de las demás artes y disciplinas. ¿Significa esto una renuncia a las prebendas del viejo escritor? ¿Tendremos que decir adiós al *pathos* individual, a nuestras amadas raíces étnico-geográficas, a nuestra identidad cultural, al placer incomparable de contar una historia y de poder leerla? ¿Adiós a las complejas relaciones entre el escritor y sus fantasmas, y entre el escritor y sus lectores, que tanto se identifican con los personajes narrados? ¿Adiós a las oscuras maravillas del inconsciente y a las sutiles maniobras de la trama y el efecto liberatorio del desenlace? ¿Adiós, en suma, al tan celebrado «placer del texto», que desaparecerá como por encanto? No lo creo. La misma exigencia del diálogo lo impedirá siempre, puesto que la literatura no solo deberá dialogar con las demás disciplinas sino, sobre todo, consigo misma. Y esto solamente es posible en el ámbito del lenguaje escrito, que es, o más bien tiende a ser, el verdadero protagonista de todo texto. Es por esta razón que mis mayores esperanzas las deposito en la poesía, único territorio lingüístico que ha logrado una superior autonomía y una riquísima síntesis entre musicalidad, visión interior e imagen visual. ¿Será quizás la poesía, la cenicienta de nuestra época, la verdadera reina

madre de la comunicación verbal en el próximo milenio? Quién sabe. Por lo menos, es una maravillosa utopía.

Pero ¿qué sucederá, en cambio, con la narrativa? se preguntará el lector aficionado al género. A mi parecer, las fronteras entre narrativa y poesía —no necesariamente entre prosa y verso— tenderán a desaparecer, debido a la creciente decepción causada por la realidad circundante, que hará surgir al poeta que se esconde en todo auténtico narrador. Pero, sobre todo, como acabo de sugerir más arriba, la narrativa deberá encontrar valiosos aliados en las demás disciplinas y en las novísimas tecnologías. Cosa, esta última, que ya está sucediendo entre algunos escritores, la mayoría de los cuales, desgraciadamente, utiliza dichos instrumentos de trabajo con la misma mentalidad de los novelistas del siglo pasado. Sin contar aquellos que los usan solo para aumentar el volumen de libros cada vez más inflados y vacíos. Vuelvo a repetirlo: el arte de narrar no podrá subsistir si los escritores no toman consciencia de las actuales dificultades del lenguaje verbal creativo y no trabajan en estrecha relación con las demás formas de creatividad. Se me dirá que esta relación existe ya desde hace mucho tiempo, en el cine y en la televisión, por no mencionar las más arcaicas formas de expresión teatral y religiosa. Pero es que aquí no se trata de la creación de un nuevo objeto artístico —cosa siempre anhelada y perfectamente libre, de la que me ocupo personalmente desde hace treinta años— sino, específicamente, de regenerar el arte mismo de narrar, hoy casi en vías de extinción, como lo demuestra la actual esterilidad de la novelística europea y, en parte, norteamericana, para las cuales ya casi lo único que cuenta es el «caso» literario. De más está detenerse otra vez sobre los deletéreos estragos causados por el *marketing*, en la industria editorial. Creo, sin embargo, que la ficción narrativa en América Latina tiene todavía mucho que decir, a condición de superar todo complejo de inferioridad y de aventurarse en nuevos territorios lingüísticos, en busca de una escritura más abierta a los múltiples aportes de las demás artes, religiones, filosofías, provenientes del universo multi-cultural en que vivimos, que es, tal vez, la más entusiasmante realidad de nuestra época. Claro, las difíciles condiciones socio-económicas de nuestros países no permiten el enriquecimiento cultural

que, *malgré-moi*, contrasta con el cínico realismo de tantos intelectuales, hijos del capitalismo occidental avanzado. Una batalla que, en verdad, no es sino la pacífica resistencia de mis sentimientos y mis más profundas convicciones a la agresividad y la violencia de una sociedad que está socavando los grandes valores sobre los que descansa la civilización. En estas condiciones —y a pesar de mi desventajosa posición de ciudadano del Tercer Mundo en esta Europa xenófoba y racista de los años 90— es ya un milagro si todavía estoy vivo y si, sobre todo, cuento con el aprecio de algunas personas que me colman con su generosidad, su calidad humana y algunas veces, con su innegable talento. Este es el reciente caso del matemático y filósofo francés René Thom (padre de la revolucionaria «Teoría de las catástrofes», que ciertamente es un autor desconocido a las mayorías), el cual ha manifestado su sincero interés por mi actividad y ha solicitado uno de mis trabajos visuales para la portada de un libro que acaba de aparecer en París, con un texto introductivo suyo.¹ Con René Thom a la cabeza existe, además, un nutrido grupo de jóvenes matemáticos, filósofos y cosmólogos que investigan sobre la misteriosa temática del nudo y elaboran una vasta teoría sobre el mismo. Si todo esto puede ser considerado como una actitud nihilista o negativa, entonces quiere decir que la sociedad occidental está cambiando de piel, está siendo suplantada por un nuevo paradigma, iminteligible para los desencantados cantores de la sociedad industrial. Sería demasiado fácil citar aquí el milenario «Libro de las mutaciones» o «I-Ching», que, sabiamente, nunca ha pretendido otra cosa que preparararnos para las infinitas transformaciones a que esta sujeta la vida y la historia de la humanidad. Menos fácil puede ser aceptar que hasta nuestra vida de todos los días es un eterno desafío a las crueles leyes de la existencia y que, por esto mismo, la esencia de esta no puede ser la rutina, sino su continua reinención, incluidos sus aspectos más insólitos. En este sentido no deja de ser alarmante para la cultura occidental que hoy día sean los científicos puros —sobre todo los físicos— «extrañas» del mundo sub-nuclear y espacial —los más agudizados defensores de una nueva lectura del mundo. Sobre esto, el pensamiento oriental se ha mostrado siempre

necesario para un desarrollo en este sentido (por ejemplo, la escasez y el alto precio de los libros, el bajo nivel de las exposiciones de arte, la falta de estructuras museales competentes y la carencia de orquestas sinfónicas), pero estoy también convencido de que no se trata solamente de un simple enriquecimiento cultural y libresco, sino más bien de una nueva actitud ante el acto mismo de escribir, que nadie mejor que nuestros jóvenes escritores —de cuya vitalidad y talento nunca he dudado— poseen ya ciertamente, como la poseían —de otra manera y en su momento— quienes nos han dado tantas hermosas páginas, impensables hace apenas medio siglo. Tomar conciencia de esto es también dialogar sin complejos con la propia época, con la propia circunstancia social, política, religiosa, económica, sexual, sin subestimar nuestro extraordinario pasado histórico, pero tampoco la inevitable realidad telemática que nos circunda por doquier, desde Europa hasta la remota Patagonia.

Refiriéndome ahora a mi actividad personal —hasta donde me lo permiten mis modestos alcances—, desde fines de los años 50 he tratado de poner en práctica estas ideas, con resultados a veces exaltantes, a veces menos, como es natural cuando se trata de nuevas experiencias. Debo añadir que el aspecto público (subrayo: público, no popular) de las mismas, nunca me ha preocupado demasiado, ya que, en gran parte, no se trata de «obras de arte» en el sentido común de la expresión, sino de procesos creativos en acto, no asimilados por la conciencia del fructor, por los habituales medios de difusión y mucho menos por el mercado, atento solo al producto ya codificado y posiblemente atrayente. (Puesto que la entera actividad de un artista no puede ser de continua y frenética búsqueda renovadora, algunos aspectos de mi trabajo, los más codificados, justamente, son los que me permiten vivir con un mínimo de serenidad, aunque, por las razones aquí expuestas, no les dedique demasiado tiempo.) Agréguese a esto mi inclinación por el anonimato y la naturaleza efímera de muchas de mis creaciones, sin contar que, en mi concepción global de la poesía y del arte —comprendida mi propia existencia— la batalla por la conquista de nuevos territorios espirituales es un imperativo moral insoslayable, paralelo a la batalla por la libertad, la dignidad y la justicia de los pueblos. Una actitud

clarividente, como lo prueban una infinidad de textos antiguos que nos iluminan sobre la evanescente consistencia de la realidad, en sus dos aspectos, material y espiritual. Binomio que, para hinduístas, taoístas y budistas no es sino una ilusión más, entre tantas otras. El amor, la religión, el arte y la ciencia —que en sus formas más altas son generalmente subversivos— son también nuestros más formidables instrumentos de conocimiento. Reinventar el amor —como quería Rimbaud— es, pues, reinventar el mundo, reinventar la sociedad, huir de la rutina y de la mezquina norma. E, incluso, con la ayuda de una tecnología *limpia* —al servicio del hombre y no viceversa— recobrar una humanidad que paulatinamente se evapora, entre las miasmas de la polución industrial y comercial, del fanatismo político y religioso, de la vergonzosa miseria del llamado Tercer Mundo. Si por una parte no es aventurado preconizar que la solución de estos problemas, y en particular de los de la América Latina, será planetaria o no será, por la otra, en la acelerada realidad telemática de nuestros días, los espacios reservados a la actividad espiritual, tal como la concebimos hoy, serán siempre menores, aunque poderosamente influyentes, gracias a los pocos auténticos creadores, que siempre existirán. Solo así podrá sobrevivir, quizás, ese vehículo príncipe del pensamiento y del alma humana que es la palabra. ¿Cómo no estar de acuerdo, pues —en esta época de grandes masas homogeneizadas—, con el viejo Gide cuando decía que «el mundo sería salvado por algunos»? Y puesto que no pretendo ni remotamente ser uno de ellos, me esfuerzo solamente en encontrarlos y, si es posible, establecer un fructífero diálogo. Nunca he formado parte de ningún movimiento, grupo o partido. Para bien o para mal, esa ha sido, y es todavía, mi circunstancia. Solo el desarrollo de mis propias convicciones me ha llevado paulatinamente a un acercamiento con posiciones y personalidades representativas de determinados momentos históricos. Eso que los alemanes llaman con una sola palabra *zeitgeist*, o «espíritu del tiempo». Me ha sucedido primero con Rimbaud, Rilke, Teilhard de Chardin, Kierkegaard, Vallejo, Eliot, Schoenberg, Picasso, Mondrian, Klee, Ellington, Parker; luego con Jung, Joyce, Genet, Suzuki, Deshimaru, Cage, Fontana, Parker, O. Coleman, C. Taylor, Twombly, Wittgenstein; y ahora me sucede con Thom,

Feyerabend, Illich, D. Bohm, Deshimaru, Beuys, Foucault, Jarret, algunos filósofos, físicos y cosmólogos diseminados entre Europa, América y Asia, y los ecologistas de Greenpeace. Diría que me considero cercano a un pensamiento meta-realista, a una concepción global que adjudica a la ecología una función espiritual inalienable, y a la teología una visión más terrena, menos dogmática y abstracta, de los postulados de la Iglesia. (La «Teología de la liberación», por ejemplo, es uno de sus aspectos más noblemente «subversivos».)

Cierto, no es prudente en estas páginas referirme a cuestiones que son materia de especialistas, pero no quisiera pasar por alto —aunque sea a título confidencial— la importancia que ha tenido para mí, en mi juventud, el pensamiento de Teilhard de Chardin. Su luminosa intuición de la materia como una manifestación del espíritu, y no viceversa —tan criticada por la comunidad científica y eclesiástica de la época— se revela hoy como uno de los momentos más altos del pensamiento occidental. En efecto, para la «teoría de los campos», la materia —toda la materia existente— ya no es ni siquiera la de las partículas sub-nucleares —comprendida la invisible familia matemática de los *quarks*— sino una inextricable red de relaciones e informaciones cuyo funcionamiento nos será eternamente inaccesible. Y aún en las recientes teorías de las cuerdas y los nudos, o cuando se pone en tela de juicio el *Big Bang* primordial, la estructura del universo reaparece siempre, de manera clara o «caótica», pero siempre idéntica, en cada rincón del mismo. ¿Cómo denominar a ese orden soberano que reina en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño? Uno de los aspectos más fascinantes de la ciencia contemporánea —para los amantes platónicos como yo— es su siempre mayor acercamiento a posiciones que antes eran de exclusivo dominio de las humanidades, como creo haberlo subrayado más arriba. Pero es lástima que existan todavía viejos prejuicios —sea de una parte que de otra— y que el verdadero diálogo, la verdadera alianza entre lo que aún se define como «materia» y «espíritu» no pueda desarrollarse armoniosamente, salvo en situaciones muy especiales y gracias a la calidad visionaria de algunas personalidades, sobre todo del campo científico. La casi general y recíproca desconfianza que reina entre los demás «profesionales» de

mi existencia—junto con mi experiencia budista— que el descubrimiento del llamado «muro de Planck», detrás del cual se extiende ese infinito océano de tiempo y energía indiferenciados, que tanto se parece a la eternidad, o a Dios, si así lo deseamos. Pero lo extraordinario es que este Dios es el mismo ya hipotizado por el pensamiento oriental, cuando lo asimila a la Vacuidad, al no-ser universal, a una nada que es la fuente de todo lo creado. Como vemos, estas someras reflexiones sobre un tema tan vasto y fascinante, me están llevando fuera del objetivo inicial de estas páginas. Pido disculpas al lector por este imperdonable desliz.

Dos líneas más acerca de mi particular posición de latinoamericano radicado en Europa desde hace casi medio siglo, que—a diferencia de otros artistas y escritores del continente— ha vivido permanentemente aquí, con esporádicos viajes a esas tierras. Quiero pensar que es este «exilio voluntario» el que—sin renunciar a mis raíces— me ha permitido llevar a la práctica una suerte de nomadismo cultural ya substancialmente inscrito en nuestros orígenes. Porque ser latinoamericano es ser hijos de varias culturas, de varias razas y horizontes y—aun con sus terribles laceraciones— tener confianza en el futuro. En otras palabras: tener varias almas. Lo que—hoy más que nunca— significa ser todavía verdaderamente humanos, sin dejar de ser contemporáneos.

Inti. Revista de literatura hispánica, 45 (1997).

ambos sectores es desconcertante a finales de este milenio. Pero no lo es tanto, desgraciadamente, si observamos otros niveles de la realidad en los que la barbarie—que parecía definitivamente relegada a los albores de la civilización— ha regresado, y hasta con mayor violencia que antes. En la ciencia, como en el arte, no hay regreso, es verdad, pero a condición de que no desaparezca la necesidad humana que estas sublimes disciplinas requieren siempre. Por ejemplo, la inevitable revisión a que ya está siendo sometido el actual modelo cuántico de la física sub-nuclear—como ya ha sucedido con el modelo newtoniano—¿no es la prueba de una genética incapacidad humana para alcanzar el conocimiento total? Algo comienza a ceder, tal vez, en la consciencia del orgulloso antropoide terrestre. Un poco como si, desde lo alto de su soberbio castillo matemático, empezara a contemplar la vastedad de un horizonte que ni sus ojos ni su mente podrán alcanzar nunca, porque es justamente allí que comienza el misterioso territorio del amor, de la poesía, de la belleza y de la muerte, cuyo conocimiento es inmediato, ilimitado e indecible.

Materia y espíritu, sea en Teilhard que en el budismo, no son pues sino manifestaciones de un orden superior—aun en sus aspectos más aparentemente caóticos— que cada uno de nosotros puede llamar como mejor le parezca. Pocas cosas han sido más determinantes para mí, en el curso de

¹ L. Bot: «Le problème mathématique de l'espace. Une quête de l'intelligible». Avec une préface de René Thom. Ed. Springer. Paris, 1995.